

VI

LA BATALLA DE CALDERÓN

En Aguascalientes, después de la pérdida de Guanajuato, Allende moraliza sus mermadas tropas, intendingo instruírlas en el servicio y arte militar, seleccionando lo mejor que tuvo mientras allegaba recursos y armas para dirigirse á Zacatecas, combinando en lo posible futuros planes con los de Hidalgo, que se fortalecía más y más en Guadalajara.

La revolución, no obstante el golpe de Guanajuato y volvió la moral á los realistas de México por las operaciones de Calleja y la efectiva importancia de la reconquista de esa plaza, la revolución, decimos, no sintió tanto como era de temerse, aunque las pérdidas fueron terribles para los insurgentes, pues iban dos derrotas serias después de los primeros éxitos.

Vamos á contemplar con tristeza la repetición de los mismos errores en lo subsecuente, ocasionando, por consiguiente, más y más serios desastres.

Sabiendo Allende que las tropas de Calleja y Cruz se dirigían á reunir con el objeto de atacar Guadalajara,

cambia de itinerario y corre hacia esta plaza reforzar á Hidalgo y evitar una segunda derrota, más probable cuanto que el general realista tomado ya Valladolid desbaratando las insurgentes, indisciplinadas y mal armadas que taban detenerle en su marcha.

Había mandado Hidalgo las tropas del Ruperto Mier, antiguo capitán del Regimiento de Valladolid, á contener las fuerzas de Cruz, siendo en el puente de Urepétiro. Sin embargo, se impedir la reunión de las tropas de Calleja con Brigadier Cruz.

El 12 de Diciembre entra Allende en Guadalupe recibido con grandes agasajos y honores por el Ayuntamiento y el pueblo.

Más de cien mil hombres, la mayor parte ineptos, desmoralizados é inermes, componían el ejército de Hidalgo, y uno de los más grandes trabajos de Allende fué tratar de darles siquiera apariencia de organización y una pálida imagen de disciplina.

¡Había aún mucho entusiasmo entre los caudillos diariamente los caudillos recibían parte y comisiones de San Luis Potosí, Zacatecas, Saltillo, y otros puntos, ofreciendo recursos y volviendo energías á la nueva causa!

¡Cuántos elementos para emprender en vigor campaña, sosteniéndose á la defensiva, batallas, abandonando las plazas importantes de dejarlas exhaustas á la aproximación del enemigo tanto que se iba sobre otras, levantando el entusiasmo nacional con el brío en que tan prodigiosamente aquellos audaces jefes!

Lo repetimos: carecían de la lúcida y dolorosa experiencia de la guerra, y sólo Allende pudo prever los males de presentar batalla á tropas regulares, disciplinadas y hechas al fuego, con la confianza en sus jefes y en sus armas que dan siempre extrema solidez y firmeza al soldado en los más apretados trances de la guerra.

Nada de esto comprendía Hidalgo; por el contrario, creía que con tan gran número de fuerzas como eran las que tenían á sus órdenes, caerían como avalancha irresistible que aplastaría á las columnas de Calleja en todos sus caballos, trenes y artillería.

Hubo sabias voces que aconsejaran al Generalísimo que las tropas de América que escogiese lo mejor y más fuerte de éstas, para evitarse estorbos, embarazos, compromisos y gastos, y se internara por las sierras para instruírlas y armarlas convenientemente, formando un corto pero sólido ejército fogueado en choques reales, bien á prueba de refriegas y fatigas...

Proyecto imposible, por otra parte, para los que anhelaban obrar rápidamente y que daba tiempo á su vez á los realistas para levantar y aun traer ejércitos mejores contando con inagotables elementos y caudales.

Había que ir á resistir la marcha asoladora y rapidísima de Calleja, que por Lagos se aproximaba con toda la seguridad de su triunfo!

Los insurgentes tenían noventa y seis piezas de artillería, incluso la que con gran trabajo se llevaron del fuerte de San Blas, y ciento siete mil hombres, la mayor parte indios de las cercanías y de la Sierra, armados con garrotes, lanzas improvisadas, machetes, flecheros, honda y cohetes con pullas y ganchos, los que deberían arrojar sobre la caballería enemiga para

desorganizarla, ingenioso expediente que inmovilizó los brazos para alamar uno que otro caballo...

Acampa el ejército insurgente con Hidalgo, Allende, Torres é Iriarte á su cabeza, ante Guadalajara, formando en doble línea de batalla con una reserva de caballería lo más fuerte y bien armado, intercalando entre las fracciones las piezas y sus sirvientes.

Se había verificado una solemne junta de guerra para acordar el plan, adhiriéndose los jefes al plan de Hidalgo, que fué el que se siguió sin atender al consejo de Allende que era escalonar fuerzas y reservas para que Calleja, para que, en caso de manifiesta superioridad, pudieran salvar los mejores elementos que quedaban retirados en buen orden, para organizar, sin desorden efectiva, mejor defensa en nuevo teatro de operaciones.

¡ Si se hubiera escuchado, como en las Cruzes de Aculco, la voz del arte militar en boca del jefe de Allende, acaso los reveses de la triste jornada de Calderón no aniquilaran por entonces toda la fuerza de la noble causa nacional!

Habiéndose sabido la derrota de Mier, decidió Hidalgo avanzar hasta delante del puente de Calderón donde tomó posiciones el ejército, dispuesto á dar batalla á las tropas realistas que avanzaban por el camino real de México á Guadalajara.

Allende, una vez aprobado el plan de Hidalgo, que aun no considerándolo de éxito, lo seguía con todas sus fuerzas hasta perder la vida, se adelantó á él, y en efecto vemos al valiente caudillo en el terreno y dar admirable formación táctica á las columnas insurgentes, colocándolas sobre lomas y cerros, antes que siguen casi paralelas la corriente del río, ante el puente de Calderón que, — falta imperdible

no hubo tiempo para destruir y que Calleja intentó ocupar la noche del 16 de Enero, librándose un serio combate de avanzadas.

La caballería, en espesas columnas, fué situada en los flancos y á retaguardia, como reserva; hacia el centro en lo alto de una loma lo mejor de la infantería en cuatro líneas con granadas de mano, hondas y malos fusiles, y adelante una gran batería de sesenta y siete piezas de artillería abocada hacia la opuesta margen del río, y flanqueada por otras baterías menores. Bajo la gran batería se situaron líneas de indios flecheros.

Delante de la línea de batalla de Hidalgo, se extendían llanuras y el río cuyos pasos podían ser batidos con eficacia si la artillería insurgente hubiera sido cualquiera de mediana calidad y fuese servida por regulares artilleros. En suma, para un ejército sólido y disciplinado, aunque fuera una décima parte menor del que llevaba el caudillo insurgente, aquella posición hubiera sido inexpugnable, y lo prueba el hecho de que sólo un triste incidente hizo perder la batalla.

Hidalgo tuvo tal confianza en la victoria desde los primeros instantes del amanecer del día 17 de Enero, que exclama cuando se le advierte que las tropas de Iriarte no aparecen: — *¡ Mejor, no tendrá parte en las glorias de este día!*

Allende también vuelve á la esperanza, alentado por la excelente posición de sus tropas.

Calleja se dispuso á su vez lo mejor que le permitían las circunstancias, pero con la plena convicción muy natural, de arrollar las hordas indisciplinadas de indios desunidos, apenas armados con hondas y granadas. Además se aprovechó de su pésima táctica.

Por otra parte, el ejército realista contaba con mil hombres, ocho grandes piezas de artillería bien dirigidas y cuatro mil jinetes, amén de mil indios que sirvieron como zapadores para facilitar el terreno á la inmensa caballería en el paso del río á la derecha y la izquierda, y para arrastrar los cañones en el asalto.

El plan de ataque de Calleja era sencillo y pronto. El conde de la Cadena atacaría la derecha de la columna mixta, llevando cubierta por sus dragones la artillería para ametrallar las huestes enemigas á la izquierda, á tiempo que Emparan, en el ala opuesta, iría á gara con la caballería sobre el flanco izquierdo del enemigo hasta rebasarlo, yendo á sorprender las reservas insurgentes, mientras Calleja espantaría al enemigo en el centro, con sus reservas, que se iniciara el ataque en las alas de la línea enemiga. Á ellas iría sin duda el auxilio del bravo Allende con sus mejores tropas de caballería, también en el centro, sobre escarpadas montañas. Entonces Calleja atacaría impetuosamente, pasando el puente, contra éstas, desguarnecidas, antes de que hubiera tiempo de que tornaran las fuerzas que quedaban á Allende.

Así tajaría en dos trozos al enemigo, dando lugar á Flon para atacar entonces, reunidos ambos, la columna y la batería insurgente de setenta y siete piezas.

Estas maniobras habrían de ejecutarse con la mayor rapidez, protegidas las columnas en sus alas por los soldados más valientes y los más certeros tiradores.

Emparan, en esos instantes, desorganizaría las reservas y procuraría cerrar á los insurgentes el camino de la retirada. De las órdenes y primeras disposiciones de Calleja se deduce este plan atrevido, confiando

que el realista Cruz, con sus divisiones, le apoyaría en la persecución cuando en la tarde llegase.

Hay en las filas insurgentes una gran confianza: Allende, Aldao, Torres y Don Ignacio Rayón, — buen militar ya organizador y táctico aunque sin carácter oficial en esas circunstancias, — recorren á caballo la línea en una nueva línea del frente de sus columnas, animando á la gente con arengas entusiastas á las que contestan con mil vivas que atruenan en la llanura...

Á una señal de Calleja avanzan al paso las columnas de Flon y Emparan que se despliegan con toda corrección en abanico á derecha é izquierda del camino real, protegidas las alas por sus caballerías y llevando á la vanguardia sus terribles cañones... Truenan en esas columnas el grito de:

— ¡ Viva el Rey!

— ¡ Viva la virgen de Guadalupe! ¡ Mueran los gachupines! — contestan los insurgentes, y sus baterías hacen sus primeras descargas sobre las columnas de los realistas... Poco después, á la carga avanzan los infantes de Flon y entra en escena su fusilería... Flon pasa el puente adelante del puente y se bate con rabia y empuja la artillería, rebasando la derecha insurgente cuyos cañones retroceden... pero acude Allende con sus reservas de caballería y á su vez envuelve al Conde de la Cadena que vacila y tras de empeñoso y largo combate se retira para rehacerse tras las escarpaduras del río. Flon mete de nuevo; animase la refriega, flaquean los realistas bajo una tempestad de duras piedras que arrojan desde lo alto de las lomas los miles de indios honderos, que se dan de gozo los insurgentes; pero el Conde de la Cadena, frenético de ira, volvió á la carga dando á los realistas un brillante ejemplo de intrepidez, adelantándose

con tal brío que pudo conquistar cuatro cañones y el carro de parque, poniendo en fuga á los defensores de la batería; pero éstos, rehechos á su vez, refuerzan con lanceros que envía Hidalgo, envuelven amablemente al victorioso Flon que se ve obligado á retirarse.

Calleja, en tanto, se ha lanzado como un rayo al centro enemigo con el objeto de tomar, con las mejores fuerzas, la gran batería de sesenta cañones que con los batallones provinciales bien disciplinados y armados de fusiles, forman el núcleo temible y terrible del enemigo, — nudo que con su espada pretende cortar Calleja de un golpe instante en que sus tenientes desbaratan los escuadrones de la línea de batalla. — Arrójase sobre el enemigo como una tromba llevando á vanguardia seis escuadrones de un fuerte cuerpo de caballería insurgente va á darle el paso á la columna asaltante, á la que pretenden foguear las baterías de los independientes; su puntería es muy alta y no puede cambiarse en un momento. — Calleja, en el antepuente, ametralla al enemigo con sus cañones, trábase un combate desesperado y el realista triunfa, arrollando cuanto se le oblicúa á la izquierda, toma una batería de siete cañones de fuego, en el extremo izquierdo de las colinas, haciendo unirse con las fuerzas del Conde de la Cadena en ese momento, situado en un punto dominante que da el aspecto general de la batalla, contemplando que la división de Emparan, compuesta de mil caballería, que debía en esos momentos desbaratar las reservas enemigas, acuchillando su retaguardia, ha sido derrotada y hay regimientos que dan media vuelta como el de San Carlos que siguiendo el ejemplo

del coronel Ceballos se precipita prófugo á toda brida hacia el campamento.

Comprende también el brigadier Calleja la situación comprometida del Conde de la Cadena en el otro flanco, y envía en su auxilio á los tenientes coroneles Villarreal y Castillo Bustamante y al comandante Díaz de Obando con el segundo batallón de granaderos, dos escuadrones del cuerpo de frontera y dos piezas de artillería. Á Emparan manda de refuerzo el 1.^{er} batallón de granaderos al mando del coronel Jalón, yendo personalmente Calleja á hacer volver al combate á los fugitivos. Este se restablece de nuevo en toda la línea, pero Flon, no obstante el vigoroso auxilio que le llega, no puede sostenerse y ceja abrumado por compactas masas de jinetes lanceros vanamente heridos por la metralla que los despedaza.

Calleja va de un punto á otro; contiene á su turno á las fracciones del Conde de la Cadena que ya en confusión se retiran; las reforma tras de sus cañones; las organiza con parte de sus reservas, arengándolas heroicamente... En ese instante, en la línea de batalla de los insurgentes, Allende se multiplicaba también encontrándose en el punto donde la refriega era más encarnizada ó en el puesto donde el empuje enemigo era más peligroso.

Calleja, viendo que después de seis horas de combate amenazaban triunfar sus enemigos, se decide á dar el último golpe con todas sus fuerzas reunidas á sus reservas, en masa compacta, llevando á su frente en una sola batería sus diez cañones. Mientras ejecutan estas maniobras rápidamente, ordena suspender el fuego, lo que hace que el adversario lo avive creyendo ya en el triunfo.

Algunos artilleros realistas no comprenden ó no decen la orden de su jefe y contestan al fuego en esos momentos una granada fué á caer sobre el carro de parque de los insurgentes; escúchase una inmensa detonación y por todo el llano se tiende súbito una enorme sábana de llamas. En efecto, el campo estaba cubierto en parte de un zacate alto que ardía vivamente extinguiéndose al punto. El viento que soplabá de cara á los insurgentes envolvió olas de humo y fuego. Calleja, en el instante, aprovechando el incidente viendo un principio de pánico en sus amigos en tanto que los suyos lanzan gritos de triunfo. No vacila ya: precipita la formación de sus columnas y poniéndose á su frente, se abate con fiereza y delirio al toque de degüello, restableciendo el combates arrollando, ametrallando á las huestes independientes por todas partes por el fuego. En un instante se consumó la derrota.

Ni Hidalgo ni Allende pudieron hacer el milagro de contener el pánico de los suyos, que se desbandaron por el incendio del campo, del que no pudieron comprender su momentáneo efecto.

Ya estaba ganada la batalla, pero en gente sin cohesión, ni disciplina, sin jefes natos é instituidos aun en pleno triunfo puede un detalle casual y adverso hacer soplar el huracán dispersador y decisivo, barriendo en súbita derrota con toda la fuerza de la tremenda jornada.

La caballería realista cargó entonces á su guisa las hordas fugitivas, dando sablazos y hundiendo lanzas en desnudas carnes, empapando en sangre los campos, sangre que sobre las cenizas resbala al río.

El Conde de la Cadena persigue con más furor á los que huyen y tanto se adelanta que éstos hacen una vuelta ofensiva sobre él; lo cercan y lo acribillan á lanzazos, dejando su cadáver abandonado sobre el campo de batalla.

Cuando Allende buscaba la reserva compuesta de la caballería de Torres, ya éste se había retirado con ella acompañado de Rayón, salvando algunos pertrechos de guerra y los caudales del ejército.

Terribles, funestisimas fueron las consecuencias de esa batalla que estaba ya ganada por Allende.

La influencia de los caudillos sufrió un golpe mortal: fué un aplastamiento enorme!

Batallas como la que esbozamos, cuando dos ejércitos, por causas enemigas teniendo cada una á su respectiva etaguardia medio reino que perder y delante otra libertad que ganar, según el éxito, matando al enemigo, aniquilando sus riquezas y conquistas, ó perdiendo cuanto se tiene; batallas así, son terriblemente decisivas y es sombriamente sarcástico que se pierdan cuando ya están para ganarse, sólo porque cae una sola pérdida sobre un carro de parque!

Los restos del ejército de Hidalgo y Allende se dispersaron por diversos rumbos desordenadamente, pudiendo recogerse tan sólo algunos miles de criollos, y muchos indios con los que se formaron cuerpos mal armados y sin moral, con cuya escolta, gracias á la inquebrantable fe y poderosa voluntad de los caudillos, se dirigieron rumbo á Zacatecas, pues el norte estaba casi libre de enemigos.

Se iban incansables los eminentes libertadores á rehacerse en los desiertos septentrionales, tras triste experiencia que no amenguaba su valor.

Y por principio de enmienda en sus errores dispuestos, convino en junta celebrada en la hacienda de Pubellón, en destituir del mando militar á Hidalgo, quien se hacía cargo de los últimos desastres.

Para esos valientes iniciadores de nuestra independencia nacional, era ya tarde...

Los reveses habian sido terribles y por lo pronto eran reparables... Tras la derrota de Calderón, vendieron las fatales y tristisimas defecciones de los débiles, traidores y los venales.

¿Qué mexicano ignora el triste epilogo que constituye el primer periodo de la guerra de independencia?...

En Zacatecas, se reúnen con los patriotas que se proponían seguir la contienda, aunque todos presienten, como lo dijo Hidalgo, que los iniciadores de las más nobles y libertadoras revoluciones nunca disfrutaban de las alegrías del triunfo y si de las más amargas decepciones por obtenerlo.

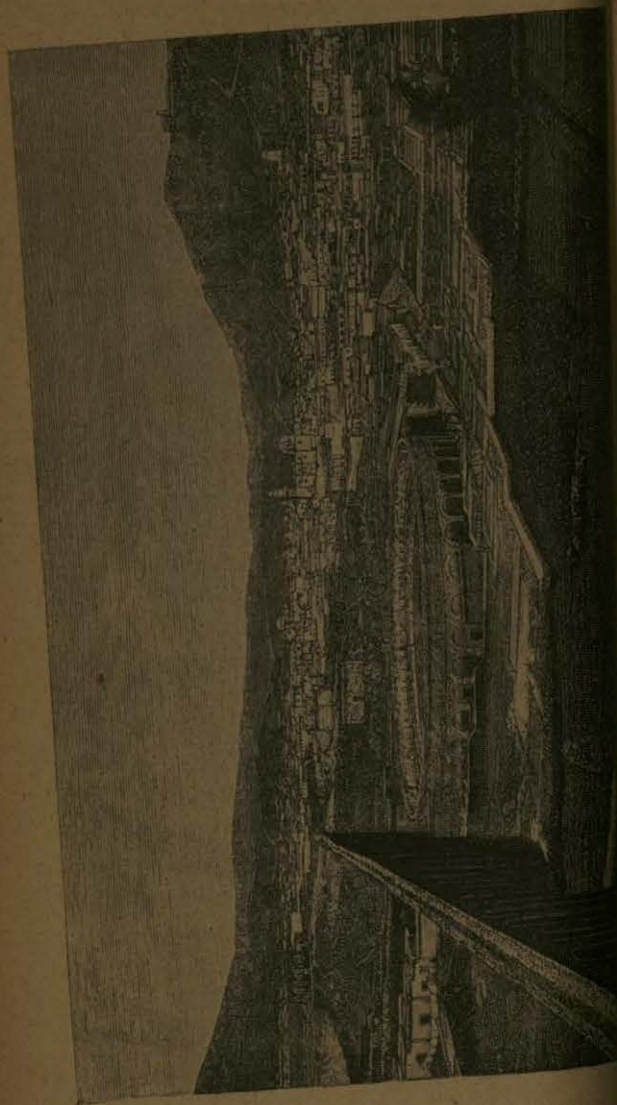
En divisiones escalonadas parten rumbo al Sur, donde se dirigen hacia los Estados Unidos para hacerse de armas y fuerzas que constituyan un ejército lizado y firme para el choque con el viejo trono virreinal.

Dejan á Ignacio Rayón — quien con Torres se hizo cargo de los tesoros del viejo ejército, y que era entonces secretario particular de Hidalgo — con el encargo de dirigir la causa de la independencia en el Norte.

En tanto que la pléyade de los otros caudillos — Allende, Jiménez, los Aldama, Balleza, Abasolo — se lanzan hacia la gloria del martirio, sucumbieron á la abominable celada de la traición de Elizondo en las Norias de Baján, Coahuila 21 de Marzo de 1811.

Todos murieron en el cadalso como valientes adalides de la gran causa libertadora...

Y, ¡oh! el desventurado Allende, el bravo y recto campeón todo heroísmo y lealtad, todo sacrificio por sus grandes ideales, fué fusilado por la espalda... ¡por traidor á la patria!... ¿Él traidor?... ¡Qué sarcasmo!



VII

LA RETIRADA DEL SALTILLO A ZACATECAS

Con el glorioso cadalso de todos los principales caudillos iniciadores de la independencia, seres abnegados y tenaces que habían sido el activo y poderoso espíritu de la insurrección de los mexicanos contra el despotismo español, hubo de creerse por un momento que todo había terminado en un infecundo aborto y que de nuevo más potente que nunca continuaría la dominante altivez insolente de los virreyes, del alto mando, y de las clases privilegiadas, señores feudales del siglo XIX... ¡Trágico eclipse!...

Los grandes cerebros directores de la revolución habían sido aniquilados en el Norte... y la sangre de los héroes parecía poner rojo punto final al trágico capítulo de la iniciación de independencia en el sufrido Norte de Nueva España.

mas no fué así. Una revolución como la iniciada por Hidalgo, tenía causas profundas y lóbregos antecedentes en el mismo pueblo, en las mismas clases productoras de la Colonia, servilmente explotadas y ultra-